

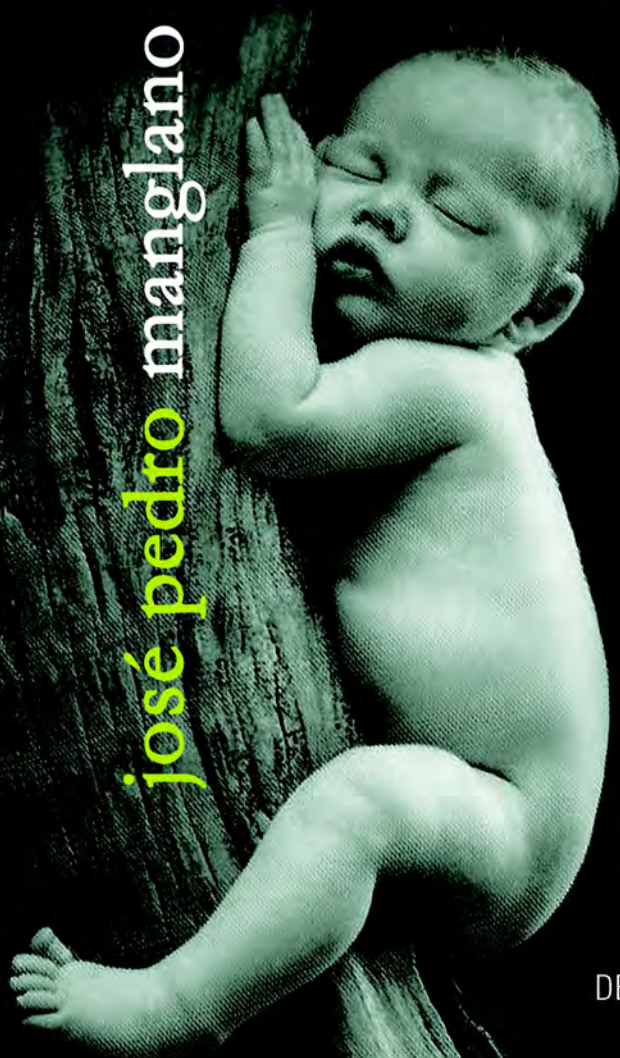
3ª edición

colección preguntas

castellary

# DIOS EN 'ON'

josé pedro manglano



DECLÉE DE BROUWER

Josepedro Manglano

# Dios en "on"

Atentos a la identidad cristiana

3ª edición

Desclée De Brouwer

Hermanos:  
doblo las rodillas ante el Padre...  
pidiéndole que... os conceda...  
que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento;  
y así,  
con todos los santos,  
lograréis abarcar lo ancho, lo largo,  
lo alto y lo profundo,  
comprendiendo lo que trasciende toda filosofía:  
el amor cristiano.

*(Carta de Pablo a los cristianos de Éfeso 3, 14-18).*

# Índice

De qué vamos a hablar .....	13
Capítulo 1: Él nos amó primero .....	17
Lo primero es lo primero .....	17
Primera: es más difícil aceptar que hacer .....	18
Segunda: "Ser, saber, sentir" o "sentir, saber, ser" .....	20
Tercera: el yo solitario no es el yo verdadero .....	22
Cuarta: lo que hago es lo segundo .....	29
Capítulo 2: El orgullo de María .....	37
La raíz del orgullo está en la idea de Dios .....	40
Un orgullo difícil .....	43
Las dos ecuaciones .....	45
Amarse a uno mismo es posible .....	48
Capítulo 3: La dependencia .....	51
Cuando uno se cuelga .....	53
Dos caricaturas .....	55
Vivir al día: un estilo de vida .....	57

Nunca somos “ya” cristianos . . . . .	58
La religión de los eslabones . . . . .	62
Capítulo 4: La adoración . . . . .	65
¿Qué es y qué no es adorar? . . . . .	65
El mero hecho de que Dios sea como es, es un don para nosotros . . . . .	70
No adorar, es la mayor enfermedad . . . . .	71
Adorar es útil para todo . . . . .	73
El domingo cristiano . . . . .	76
Capítulo 5: Sorprendido de mi poder . . . . .	79
Algunos salmos mirados con lupa . . . . .	80
Que “ponga antena” . . . . .	83
Mi boca es la de todos . . . . .	84
Mi oración es acogida . . . . .	85
La verdadera serenidad . . . . .	86
De coletilla a fundamento . . . . .	87
Capítulo 6: Vivir como dioses . . . . .	89
El cielo como un modo de ser . . . . .	90
Dejar de ser un yo cerrado . . . . .	92
Empezar a ser divino . . . . .	93
La falsilla imprescindible . . . . .	95
Capítulo 7: Sin matemáticas: ¿coherencia o unidad? . . . . .	99
Por qué usamos las matemáticas . . . . .	99
La clave: “Quiero misericordia” . . . . .	102

Dios sólo cuenta hasta uno:	
el uno de la eucaristía personal . . . . .	104
Los decimales también cuentan:	
el valor de un vaso de agua . . . . .	108
El corazón de Dios no siente a peso . . . . .	113
¿Coherencia o unidad? . . . . .	115
Capítulo 8: Simpatizar con la eucaristía . . . . .	117
Tratar de hacernos cargo . . . . .	118
Educar la simpatía . . . . .	119
Buscar un justo realismo . . . . .	122
Detrás de la celosía . . . . .	124
Cinco costumbres para ganar en simpatía . . . . .	126
Capítulo 9: ¿Éxito o amor? . . . . .	133
¿Un Dios destructor? . . . . .	133
Tres posibles respuestas . . . . .	134
Formas personalizadas de destrucción . . . . .	136
Buscando alguna lógica . . . . .	138
La lógica del amor . . . . .	139
¿Qué significa amar a Jesús? . . . . .	141
Cómo ama Dios a su Hijo . . . . .	144
Los castillos de naipes caídos... son para bien . . . . .	145
Capítulo 10: La belleza de Cristo y de la vida cristiana . . . . .	149
1. Presentación . . . . .	149
2. La paradoja de la belleza de Cristo . . . . .	152
3. Aprender a mirar en Cristo el amor absoluto . . . . .	155

4. Conocimiento de experiencia y conversión . . . . .	162
5. El sufrimiento que embellece y salva . . . . .	170
6. Belleza inaguantable para quien se resiste al amor . . . .	176
7. La belleza de la vida cristiana . . . . .	178
8. Pureza y respetuoso temor a la opacidad . . . . .	184
9. Despedida . . . . .	187
Capítulo 11: Formas cristianas de una vida enamorada . . . . .	189
Llamados al amor por quien es el Amor . . . . .	190
Educar(nos) para el amor . . . . .	191
Formas cristianas de realizar una vida enamorada, un amor pleno . . . . .	193
El momento de la juventud . . . . .	195
Para ser libre... comprometerse. Amar sin miedo . . . . .	197
El papel de los padres . . . . .	197
Ser buenos guías . . . . .	198
La cuestión de la edad . . . . .	201
Capítulo 12: Del rosa al rojo, o del <i>eros</i> al <i>ágape</i> . . . . .	205
Necesidad de oponerse a una tendencia . . . . .	205
“Me han lanzado la pelota” . . . . .	208
Concepción elíptica del amor . . . . .	212
En amor, mariposear es frustración . . . . .	215
El éxodo del amor: noviazgo y primeros años . . . . .	219

## De qué vamos a hablar

Hace unos años publiqué en esta misma editorial un sencillo libro titulado *Dios en off*. Enseguida se hizo insistente la sugerencia de que escribiera el libro que debería haber sido previo. Me pareció que tenían razón: ¿por qué tratar de las trampas en las que perdemos a Dios, sin considerar antes cómo sintonizar con él? Con estas páginas espero haber cumplido la tarea pendiente.

Doce capítulos componen el libro. No trato de ser sistemático ni completo. Sólo quiero apuntar desordenadamente –casi con capricho– algunos planteamientos y actitudes que –a mi entender– caracterizan el vivir cristiano.

Los temas escogidos quieren chocar con una cierta *religiosidad natural* común en nuestros días, religiosidad que por más que se santigüe hace tiempo que olvidó lo específico cristiano. Nuestra fe no es sólo resultado del impulso religioso que encontramos en nuestro interior, no es el canal abierto por nuestro sentido religioso en búsqueda de la trascendencia. Nuestra fe es la *respuesta* a la búsqueda



que Dios lleva a cabo para encontrarse con el hombre, un Dios ansioso de entregarle todo –incluso a sí mismo– a su criatura.

Es lógico, entonces, que el cristiano no sea lógico; que en muchos momentos debamos abandonar nuestra lógica, y gozar de la fortuna de adentrarnos en la *supralógica* del Amor. Entiendo que todo el cristianismo es un desafío a la razón, y me gustaría que estas páginas lo reflejaran.

El Dios de Jesucristo no es el Dios de la filosofía. Los cristianos no creemos en un Dios amorfo, abstracto, en una figura de Dios. Nuestro Dios es un Dios concreto, no uno cualquiera. Además, tiene un rostro humano, porque cuando vemos a Jesucristo, vemos a Dios.

Pero no sólo el racionalismo desvirtúa nuestro modo de entender el cristianismo; también el individualismo de nuestra cultura nos ha formateado cabeza y corazón. Esto hace que algunas “formas” de nuestra religión nos resulten extrañas, exageradas y sospechosas; para evitar ese rechazo que nos producen, dejamos de considerarlas. Es mi intención poner el dedo en algunas de estas llagas.

Tres son los puntos nucleares en torno a los que giran los capítulos. El primero, *la nueva vida*. El cristiano no es un buen hombre, sino un hombre nuevo. Novedad se contraponen a continuación. El cristiano no es quien cambia y entonces lleva una vida buena, ni siquiera mejorada o ejemplar; su vida es *nueva*, radicalmente nueva, pues es recibida como un don: vive la vida del mismo Dios.

El segundo punto es *el amor*. El cristianismo es la religión del amor, y la que ha enseñado al hombre lo que es el amor en plenitud.

El tercer punto escogido es *el escándalo de la cruz* –la otra cara del amor–, revelador de la genuina sabiduría cristiana. Uno de estos capítulos corresponde al texto del pregón de Semana Santa que pronuncié en Mérida. Me parecía oportuno apuntar la senda por la que debería discurrir la evangelización de nuestro mundo: mostrar la belleza de Cristo y la belleza de la vida cristiana. ¿No es verdad que cualquier argumento se puede discutir?, ¿y que el deber que impone lo bueno se puede rechazar cómodamente? Sin embargo, ante el esplendor de lo bello... el hombre se rinde fácilmente: la presencia de la belleza despierta y aviva lo más íntimo y puro del corazón del hombre.

# 1

## Él nos amó primero

### **Lo primero es lo primero**

Cuentan de aquel sargento chusquero que cada año formaba rigurosamente a la tropa recién incorporada para dirigirles las primeras palabras. Los soldados novatos, todavía incómodos con el estreno de las ropas militares, aguardaban con expectación. El veterano sargento, con una solemnidad casi ridícula, gritaba con su voz ronca siempre el mismo discurso: “A partir de ahora ustedes son soldados. Para que les vaya bien su vida militar no olviden nunca que lo primero es... lo primero; que lo segundo es... lo segundo; y que lo tercero es... lo tercero. ¿Está claro? ¡Rompaan... filas!”. Y se retiraba. En ese escueto mensaje les había dado la clave que debería ser suficiente para resolver adecuadamente cualquier conflicto que se les presentase durante su vida castrense.

Lo primero es lo primero. Así es. El consejo sirve para cualquier ámbito de la vida, también para la vida con Dios. Para establecer conexión con Dios y desarrollar la vida con él, es importante acertar con qué sea lo primero.

La cuestión no es difícil. Basta con acudir a los apóstoles para ver cómo lo resolvieron. De forma clara lo dice san Pablo cuando escribe, por ejemplo, a los Romanos. Se dirige a ellos así:

“a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”<sup>1</sup>.

Pablo ya lo ha dicho todo: ¡esto es lo primero, que sois *amados de Dios*! Después vendrán sus consejos y recomendaciones, sus enseñanzas y correcciones, pero... después. Lo primero, aquello previo a todo lo demás, es la verdad de que son *amados de Dios*.

Pero si la cuestión no es difícil de resolver en el plano teórico, sin embargo sí presenta dificultad para nosotros en el plano vital. Vamos a detenernos en cuatro dificultades concretas que podemos encontrarnos para que lo primero sea, realmente, lo primero.

### **Primera: es más difícil aceptar que hacer**

La primera dificultad surge por el pragmatismo.

Nuestra cultura nos ha enseñado a valorar, sobre todo, lo que hacemos: cada uno vale por lo que hace. Lo que nos dice san Pablo es que lo primero no es *hacer* algo... Lo primero es *aceptar* que *somos* amados. Si lo que estoy escribiendo no fuese un libro, sino una carta, escribiría: “tú,

---

1 .1, 7.

quien lees estas líneas, tú *eres amado* de Dios; si quieres tener a Dios en *on*, no pases de prisa por encima de esta realidad que te afecta; si quieres entenderte y vivir con él, no consideres con ligereza esta afirmación, como algo ya sabido; si quieres poner un fundamento válido, no apartes a un lado esta verdad, como si se tratase de algo de poco interés práctico para la vida real; aceptar esta acción de otro sobre ti es mucho más interesante que cualquier cosa que tú puedas hacer. Repítelo una y otra vez: ¡soy amado de Dios! Esto es lo primero: eres amado de Dios”.

Durante mucho tiempo, en la predicación e incluso en tratados de espiritualidad, al hablar de “el amor de Dios”, parece que se ha insistido más en el amor de nosotros a Dios que en el amor de Dios a nosotros. No ocurre así en la Escritura, donde la primacía se otorga –una y otra vez– al amor que tiene a Dios como sujeto que ama, y a nosotros como aquellos a los que se dirige su amor. Nuestro amor a Dios es importante, ¡no faltaba más!, pero es lo segundo. Y... no conviene olvidar el consejo del sargento: lo primero es lo primero, lo segundo lo segundo, y lo tercero lo tercero.

Los hombres nos sentiríamos más seguros si lo primero fuese algo que hacer, un objetivo a conseguir, un proyecto que llevar a cabo, unos preceptos que cumplir, unos mandamientos que observar. Si es algo que tengo que hacer, puedo controlar: calculo, progreso, y todo está en mi mano. Por eso muchas veces convertimos la religión en algo así, una serie de tareas a cumplir y otras a evitar. Pero no: lo primero es recibir, aceptar. Ser cristiano no consiste

en hacer una serie de cosas, sino en aceptar algo que Dios quiere hacer conmigo: darme un nuevo modo de ser.

**Segunda: “Ser, saber, sentir” o “sentir, saber, ser”**

La segunda dificultad la encontramos por el sentimentalismo.

“Sois amados de Dios”, escribe Pablo. Y eso es lo primero y lo importante: que *eres* amado. “Eres”: del verbo ser, que se refiere a lo que es real. Como si dijese: lo *eres*, conviene que lo *sepas*, y si vives de acuerdo a esa verdad, llegarás a *sentirlo*, a gustarlo –como nos anima el salmista–. Ese es el orden que nos enseña la Escritura, y el orden que impera en la vida cristiana: ser, saber, sentir.

No escribe Pablo: “Vosotros que os dais cuenta de que sois amados de Dios, que habéis experimentado personalmente su amor...”. No escribe así. Lo que les dice es que, con independencia de que los cristianos destinatarios de su carta se sientan o no amados de Dios, ellos lo *son*. Podríamos objetar: ¿de qué me sirve *ser* algo si no lo siento?; es más ¿cómo puedo saberlo si no lo he experimentado? Nos suena raro eso de que tengamos que dar primacía a lo que alguien nos dice que somos sin tener una experiencia subjetiva de tal verdad.

Es lógico que nos extrañe, incluso que encontremos en nosotros una cierta resistencia, un rechazo a funcionar así. Es lógico porque nuestra cultura es subjetivista, y nos ha enseñado a construir nuestra vida con otro orden: el *sentir-*

*miento* es la vía de información para *saber* las verdades que *soy*; nos dice: “no olvides que tú sólo puedes *saber* con seguridad que *eres* aquello que *sientes*”.

Este es el orden en el que educa nuestro mundo: sentir, saber, ser. Nos enseña: gracias a que *sientes* algo lo *conoces*, y sólo entonces puedes estar seguro de que lo *eres*. Todos tenemos experiencia de que no es muy de fiar este orden que nos inculcan: ¿quién no ha conocido alguien que se siente el rey del mambo, cuando la cruda realidad es que no pasa de ser un inoportuno gracioso metementodo?

Quienes aplican el orden que da importancia primera al sentir, son personas que sufren continuos desconciertos. Me contaba una buena amiga escritora que varias compañeras le confesaban encontrarse preocupadas y confundidas: habían tenido recientemente un hijo y se sentían extrañadas con ellas mismas, con cierto complejo de maldad, porque no se sentían profundamente madres. Me decía que se tranquilizaban cuando les explicaba que eso es normal: el sentimiento de la maternidad también tiene su parte de conquista. El punto de partida es que *es* madre, después un creciente *saber* lo que es ser madre, y entonces el gozo de sentirlo.

“Sois amados de Dios”. Pero volvamos a la objeción: ¿cómo puedo saberlo si no lo he experimentado? Decía Ratzinger: “La verdad de la palabra de Jesús no es exigible teóricamente”, no debo pedirle pruebas que me demuestren teóricamente lo que me dice. “Sucede lo mismo que en una hipótesis técnica: su certeza sólo se prueba en el ensa-

yo”; es decir, primero se acepta por confianza, y la experiencia de la vida será quien me confirme su verdad. “Sólo puede hacerse visible para mí si me adentro realmente en la voluntad de Dios tal y como se me manifiesta”. En concreto, la verdad que Jesús me transmite de que su Padre Dios me ama, se me hará luminosa y fundamental en la medida en que yo sea capaz de adentrarme en ella, pero no al revés. “Y en este experimento vital se percibe de hecho cómo la vida se vuelve correcta”.<sup>2</sup>

Lo primero, por tanto, es que somos amados de Dios; conviene saberlo, y la experiencia vital nos hará gozarlo.

### **Tercera: el yo solitario no es el yo verdadero**

Pasemos a la tercera dificultad. Esta se debe al individualismo de nuestra cultura.

Vamos a fijarnos en tres pasajes de la Escritura en los que se nos da la extraña orden de alegrarnos, textos que nos permitirán ver una mentalidad distinta a la nuestra; si aprendemos esa otra forma de vernos, superaremos la dificultad y seremos capaces de aceptar ser amados de Dios.

### *Un mandato chocante se repite en tres ocasiones*

El converso Pablo tenía tan claro que somos “amados de Dios” que, en otra ocasión, no duda en escribir a los cristianos que vivían en Filipo:

---

2. J. Ratzinger, (Benedicto XVI); *Dios y mundo. Creer y vivir en nuestra época*, DeBolsillo, Barcelona 2005, pág. 39.



“Alegraos siempre en el Señor”.

La forma verbal que emplea *–gaudete–* no expresa un deseo, sino un mandato; les manda que se alegren. Cuando Pablo escribe estas cuatro palabras a los filipenses, parece que le saben a poco, se ve que no está seguro de haber conseguido expresar lo que realmente quiere comunicarles. Como diciendo: “¡si pudiese transmitirlos la gran verdad que tengo dentro!, pero únicamente puedo hacerlo con estas palabras que os pongo por escrito”. Por eso, se siente empujado a enfatizarlo insistiendo: “Os lo repito, estad alegres”.<sup>3</sup>

Dejémonos ganar por el interés de Pablo. Quizá nos ayude a paladear esta verdad este otro texto sagrado, que contiene la misma orden. Se trata de Dios queriendo comunicar a su pueblo algo a través de las palabras de un profeta:

“Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén”.

---

3. Filipenses 4, 4-5. Es posible que de nuevo sintamos cierto rechazo a aceptar que alguien nos mande que nos alegremos, como si la alegría se pudiese imponer. Este rechazo, otra vez, es hijo de nuestra cultura subjetivista, que nos enseña que la alegría es un sentimiento espontáneo que cada uno encuentra en su interior... si es que lo encuentra; y si no, mala suerte. ¡Claro!, si lo primero es el *sentir*, es lógico que sea así. Pero Pablo sabe que lo primero es el *ser*, y por eso no tiene inconveniente en repetir: ¡alegraos! ¡Alegraos por que ahora vais a saber lo que sois! Serlo, saberlo y alegrarse van una detrás de la otra, en ese orden.

Tres imperativos en cadena, cada cual más expresivo: “grita”, “alégrate”, “gózate”. Si alguna vez nos hemos cruzado por la calle con una persona gritando de alegría, posiblemente hayamos pensado: la típica loca o el típico loco –que también los hay–. La Escritura nos dice que obremos así: grita de alegría, alégrate y gózate de todo corazón...

“El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos. El Señor será el rey de Israel, en medio de ti, y ya no temerás. Aquel día dirán a Jerusalén: ‘No temas, Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor, tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva. Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta’.”<sup>4</sup>

Lo que se nos trasmite aquí es lo siguiente:

Primero le manda “grita de alegría, regocíjate, llénate de gozo, de todo corazón”.

Después le dice que tenemos motivos para ello, y le hace saber –o le recuerda– una serie de hechos que debe tener presentes: ha cancelado tu condena y expulsado a tus enemigos, el Señor es un guerrero con poder de salvación –“nuestro Dios es un Dios que salva”–, y por eso no tienes nada que temer: tus manos no tienen que cansarse.

Termina dándole el motivo fundamental, oculto detrás de las acciones que le ha recordado. El motivo último de

---

4. Sofonías 3, 14-18a<sup>a</sup>.

esa íntima e incontenible alegría se halla en la realidad oculta tras esos hechos: todo eso ha ocurrido porque ese Dios incognoscible se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta.

¡Cómo no iban a ser fiesta todos los días del cristiano, si en cada uno de ellos vemos reflejado el festejo eterno en que vive Dios! La vida festiva de ese Dios que es Amor entra en nuestro mundo: su vida ya está entre nosotros; la fiesta tiene como motivo que Dios se goza en mí, que me ama a mí, que se alegra con júbilo por mí. Porque me mira como un enamorado mira a su amada.

Entendemos que Pablo exhorte a los cristianos: alegraros, porque sois amados de Dios, y lo podéis saber por lo que ha hecho con vosotros.

Pablo manda la alegría; Sofonías también. Acudamos todavía a un tercer texto de la Escritura en el que volvemos a escuchar el mismo mandato:

“Gritad jubilosos: ‘¡Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel!’.”<sup>5</sup>

Como antes, el mandato; y a continuación, nos pone delante otro hecho: Cristo está en medio de vosotros. Dios ha querido establecer una comunicación de primera mano con nosotros, ha querido que tengamos contacto directo con su amor, amor que nos hace llegar a través de Cristo. Dios se hace cargo de la necesidad del hombre y le da a su

---

5. Isaías 12, 6.

Hijo. Dios se hace hombre con los hombres. Sabe que necesitamos que las cosas nos entren por los sentidos, que nuestras manos toquen, que nuestros ojos vean, necesitamos un suelo donde pisar, necesitamos seguridad. Lo que celebramos cada año en la Navidad, en la Pascua, cada domingo en la eucaristía, es el amor de Dios: un amor no abstracto, lejano y enigmático.<sup>6</sup>

Ser, saber, sentir. Podemos saber que somos amados de Dios. Por lo tanto, tenemos motivos para gritar de alegría. ¡Qué grande es tener a Cristo en medio de la Iglesia –el nuevo Israel–! En medio, no al lado. Cristo es uno de nosotros.

*Mi historia de amor es más larga de lo que pensaba*

“Sois amados de Dios”. Ya se ve que se equivocaría quien, de primeras, para aceptar esa verdad-realidad, se

---

6. Aquí ha establecido Cristo la cadena perfecta. Ese Dios da vida al Hijo –el Hijo vive por el Padre–, y el Hijo me da la vida a mí –a quien come su Cuerpo y bebe su Sangre–, y yo vivo por el Hijo. Así se establece una cadena de vida que llega desde el Padre, de primera mano, hasta mí. Una relación mía con el Padre, inmediata en Cristo siendo Cristo el mismo Dios. ‘A mí me ha enviado el Padre; el que viene a mí tiene la vida eterna; la vida del Padre la tendrá por que tiene mi vida’. De este modo se establece una gran cadena de comunicación vital, esa es nuestra gran fiesta. Por medio del Hijo constato el amor que el Padre me tiene, puedo participar del amor del Padre porque tengo el camino, tengo la verdad auténtica, me incorporo a la vida. El Hijo recibe su vida del Padre, quien acepta al Hijo como comida recibe la vida del Hijo, la común-uniión.

limitase a buscar en su interior cómo siente ese amor, como si se tratase sólo de medir las alteraciones emocionales que le invaden al pensar en que Dios le ama. Este miope sentimental olvidaría que el amor de Dios a él comenzó hace mucho tiempo. El cristiano forma parte de una gran familia, de un pueblo escogido, de una nación consagrada por las acciones de Dios<sup>7</sup>: acciones históricas, que empezaron con el antiguo pueblo de Israel y continúan en el nuevo pueblo de Israel que es la Iglesia.

No resulta posible para el cristiano entenderse si se mira a sí mismo en solitario, de manera individualista, sin saberse miembro de esta familia. Se equivocaría quien buscase exclusivamente en experiencias interiores el amor de Dios. Sin embargo, ¿no es verdad que es a lo que tendemos todos? Y es que también en este punto los cristianos del siglo XXI encontramos una gran dificultad.

Nuestra mentalidad concibe al hombre de un modo puramente individualista. Nuestra cultura nos ha hecho creer que cada hombre sólo es él mismo. De esta manera, se nos ha enseñado a suprimir una relación que nos pertenece y que necesitamos para llegar a ser nosotros mismos. Se nos dice que cada uno tiene el derecho sobre sí mismo de ser su última instancia, y con esa única referencia –yo mismo, yo solo–, cada uno debe encontrar el sentido de la vida.<sup>8</sup>

---

7. "... con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes...", Apocalipsis 5, 9-10.

8. Cfr. J. Ratzinger, *La sal de la tierra*, pág. 178.